



EL COLECTIVO DE TEATRO «TIERRA SECA», MAS DE 150 REPRESENTACIONES POR TODA LA PROVINCIA

EL DESPERTAR

En el año 72, dos personas muy vinculadas al teatro cacereño, deciden formar un grupo que aporte nuevas perspectivas. Son Juaní González (hace tiempo emigrada a la vecina Andalucía) y Juan Baz.

Iba a nacer «Tierra Seca» con una activa ilusión que bebe del inconformismo ambiente y como una alternativa al teatro falto de compromiso y ajeno a la realidad que se hace en aquel momento, salvadas las excepciones. Ellos no se resignan a asistir como meros espectadores al espectáculo de pobreza cultural en que se mueven. Frente al teatro como juego social, van a proponer un trabajo más serio basado en la continuidad, en la disciplina y el compromiso.

«Tierra Seca» aumenta su número de componentes en tanto elaboran su propia técnica, investigan o conectan con gentes de otros lugares. Posteriormente harán un cursillo de técnicas del actor. Era necesaria una formación teatral. Lentamente se empieza a funcionar. Poco a poco se van dando a conocer ante el público. Comienzan las representaciones.

LOS MONTAJES

Nueve son los montajes que lleva realizados el grupo. Estos son, cronológicamente:

«El rapto de las cebollitas», de María Clara Machado, en el año 72, obra de corte infantil. En el año 73 ofrecen dos nuevas obras: «La taberna y las tinajas», de Rodríguez Méndez, y «Asamblea General», de Lauro Olmo, esta última de temática infantil. Es el año 74 cuando estrenan «Proceso por la sombra de un burro», de Friedrich Dürrenmatt, y en el 75 retoman el teatro infantil con «El hombre de las cien manos», original de Luis Matilla. Los años sucesivos estrenan a razón de una por año, las siguientes obras: «El dragón», de Evgueni Schwarz; «Los esclavos», de Martínez Ballesteros; «Como todos los días», creación colectiva, y «Sancho en la ínsula», de Alejandro Casona.

Más de 150 representaciones llevan realizadas por toda la geografía cacereña. Muchos son los pueblos que han visitado y muchos los kilómetros recorridos. Una intensa labor que se va a ver complementada con otras actividades.

Como la tierra que lo vio nacer. Seca de aguas, seca de cultura, seca de todos los secanos. La tierra. La sequía. La sed de la tierra. No se sabe cómo surge como una chispa el nombre. Sin previo acuerdo. Sin premeditación. Hay que encontrar un nombre. Para un grupo o equipo —que lo mismo da— de teatro y surge fluido: «Tierra Seca».

Era el año 1972. Ha llovido mucho de entonces acá. Pero no lo suficiente como para apagar tanta sed de todo. Tampoco «Tierra Seca» ha pretendido ser vaso que aplaque. Pero ha sido gota en el secano cultural de nuestra tierra. Y esto es no poco.



LOS CURSILLOS

A raíz de su experiencia con los niños, que viene dada por las continuas representaciones que hacen para ellos, surgen los cursillos. Si en un principio el teatro para niños aparece como una necesidad de índole interior, es el contacto del grupo con el mundo infantil el que va a crearles una verdadera necesidad (valga la redundancia) de acercamiento a los chavales.

Se dan perfecta cuenta de que el teatro infantil no ha de ser, no tiene que ser, un teatro menor, aunque tenga unos condicionantes distintos de los del teatro para adultos, como son el lenguaje, la imaginación, el tema, etc. El teatro incide positivamente en el mundo de los niños, les aporta nuevas vivencias,

experiencias, razonamientos... El teatro, entendido como juego, es un elemento equilibrador y evolutivo.

Ha sido mucho el trabajo que han tenido que hacer para llegar a estas conclusiones: reunir información, redacciones y dibujos de los niños referidos a la representación, coloquios, etcétera. Tras sacar sus conclusiones comienza una tímida, pero jugosa, experiencia que dará lugar a otras más interesantes, como la realizada en el año 77 en el centro de EGB «La Hispanidad», de Cáceres. Grupos voluntarios de niños trabajan en su centro escolar con miembros de «Tierra Seca» en unos cursillos teatrales cuya base principal es la improvisación y el juego. Los resultados de este interesante trabajo se-

rían objeto de un estudio y de un nuevo trabajo con enseñantes en un cursillo organizado por el ICE que tuvo bastante aceptación entre los asistentes.

LOS ADULTOS

Cuando los componentes de «Tierra Seca» eligen sus obras, lo hacen con amplio criterio, siempre que estas obras cumplan dos condiciones: que sean progresistas y actuales. Es decir, que sean obras de amplio contenido.

No se plantean hacer teatro clásico, ya que piensan que ésta no es su función dada las especiales características de nuestra tierra. Así, pues, a la hora de elegir, tienen que contar

con la heterogeneidad del público que va a asistir a sus espectáculos dirigidos a la mayoría. En este aspecto el tipo de teatro que más resultado les ha dado ha sido la farsa, donde se permiten emplear un lenguaje directo, asequible y que tenga connotaciones del mundo inmediato, de la realidad que nos rodea.

La respuesta del público a sus espectáculos ha sido, durante todos estos años, francamente positiva, como así lo demuestra el que continuamente se les llame para actuar, o la decidida participación del espectador en los coloquios que se organizan tras algunas representaciones.

EL COLECTIVO

Un trabajo colectivo figura en el haber de «Tierra Seca». Una obra realizada a partir de las propuestas de los miembros del grupo, «Como todos los días». Con ella se pretendió pasar revista a los problemas inmediatos y cotidianos del hombre extremeño. Se arrancó, para el trabajo, de una estruc-



ALCANTARA 52

tura narrativa que tomaba como base el día. Amanecer, mañana, tarde y noche. A la vez se creaba un paralelismo correspondiente al ciclo vital. A esta estructura, y una vez concretizadas las diversas escenas de la obra, se incorporaron una serie de poemas de diversos autores españoles. «Como todos los días» es, sin duda, un interesante experimento teatral y uno de los mejores trabajos realizados por el grupo. Un trabajo que, a partir de la improvisación, dio unos resultados de calidad indiscutible.

LAS CAMPAÑAS

En el año 1973, con «Asamblea General», «Tierra Seca» organiza la primera campaña de teatro por las escuelas, cuyo objetivo es difundir el teatro entre los escolares. Los resultados son ampliamente positivos.

En el 75 repiten la experiencia con «El hombre de las cien manos», obra con la que realizan su segunda campaña.

Y es ahora, en este año, cuando están embarcados en

su tercera campaña, de la que llevan hechas algunas representaciones con la obra «Asamblea General», de la que se ha hecho un nuevo montaje.

¿Cómo funcionan estas campañas? Se invita a distintos centro escolares y se les ofrece una representación. Estas representaciones se suceden durante un tiempo y en distintos lugares. Entre los objetivos de las campañas figura el de recabar información entre los niños mediante las redacciones o dibujos de que antes hablaba. Las campañas han de estar subvencionadas para poderse realizar, ya que los gastos que originan son bastante grandes.

«Tierra Seca» ha acudido para poder sufragar esta tercera campaña de teatro por las escuelas a la Institución Cultural «El Brocense», de la Diputación Provincial, de la que han recibido una firme promesa de apoyo.

LA CONTINUIDAD

Dado el arraigo que ha conseguido a lo largo de tantos años entre la gente, el grupo «Tierra Seca», es obvio que tiene por delante toda una tarea que realizar y están dispuestos a ello. Para que esto sea así, que duda cabe que es necesario un apoyo y un interés por parte de instituciones culturales u organismos interesados por el tema. «Tierra Seca» es un grupo que ya ha demostrado su valía, que ha abierto una brecha cultural que, en absoluto, hay que despreciar. «Tierra Seca» lleva nueve años luchando por humedecer nuestra tierra. Que esto no caiga en el olvido.

Leandro POZAS

A TRAVÉS DE LA NOCHE SOLITARIA

(CUENTO)

POR:

JOSE MARÍA BERMEJO

Alquiló un chalet de veinticuatro habitaciones y lo fue amueblando con un mimo furioso durante seis largos meses —de febrero a julio— hasta convertirlo en una selva de barrocos caprichos en la que cohabitaban estatuas griegas, ídolos incaicos, alfombras de Ispahan, delicadas vajillas de cristal de Bohemia, faunas terroríficas, trofeos de caza, bodegones zurbaranescos y una infinita colección de cajas de música a las que daba cuerda durante toda la mañana para abrirlas minuciosamente y sucesivamente al atardecer... A esa hora me citó a través de un misterioso enano que vino a verme al periódico y desapareció en un lujoso y trasnochado «De Dion-Bouton» muy parecido al que Marcel Proust intentó venderle a la duquesa de Guermandes. Previamente, el fastuoso inquilino había rido, a través de terceras personas, el inmenso soborno que nos arrastraría a los dos a una gloria opuesta y disparatada.

Las cabeceras de los grandes diarios habían sacudido a la opinión con unos enormes titulares que hablaban del impacto mundial de «Minotauro», la novela que había logrado derribar en veinticuatro horas de nerviosas reuniones inútiles al gobierno más poderoso de la tierra. Bajo los titulares capciosos y sensacionalistas a toda plana, un sumario explicaba que el presidente y sus doce ministros se habían hecho el «harakiri». Seguía, en el cuerpo de la noticia, un relato hábilmente tramado sobre el autor —un tal Mr. Harrison—, un resumen intencionadamente confuso de la obra, y al final, en una postdata en recuadro, la gran payasada: un autógrafo del propio Harrison advirtiendo que sólo concedería una entrevista —en rigurosa exclusiva mundial— al periódico que él eligiera. Era evidente que todo ese infundio, con su cortejo de torpezas, de sobornos y de ridícula y desaforada vanidad, era obra de un loco, pero los millones de dólares habían inundado previamente las arcas de la prensa y siempre había la tirada de una segunda edición que corrigiese ese desatino. No hubo tal edición, porque la gente se lanzó a la calle buscando esa novela apócrifa, después de haber agotado la tirada de los periódicos, forzándolos a sacar hasta treinta ediciones con los mismos titulares desaforados.

¿Quién se iba a atrever a insinuar siquiera la rectificación? Hubiera sido suicida no sólo por los tumultos que podrían provocar, sino también porque detrás de todo eso había una mano de hierro y de terciopelo que movía los hilos de la tragicomedia.

En el periódico donde yo trabajaba como simple peón de mesa lo tomamos a risa, pero sin comprender cómo esa noticia, que sólo merecía el vilipendio de las papeleteras, había podido subir a portada con máximos honores tipográficos. El hecho de que no fuera día de inocentes le daba a la broma un ligero matiz inquietante, que desaparecía al releer ese texto ridículo. Cuando al día siguiente la portada reasumió la discreta normalidad de la rutina —«Secuestro de un avión belga en Fiumicino»—, la «bomba» de Mr. Harrison parecía el silencioso estallido de una petunia cuando florece. Al llegar al periódico escruté, malhumorado, todos los diarios del día, incluso sometiendo al tormento de los anuncios por palabras. Nada. Ni una palabra sobre Mr. Harrison, sobre su explosiva novela o sobre el entierro del dimidiado gobierno fantasma. Los libreros, que se habían visto asaltados el día anterior por una muchedumbre eufórica y desalmada, se negaron a abrir las tiendas ante el temor de una nueva avalancha llegada de provincias. Ninguno de ellos sabía una palabra de «Minotauro». Al magnífico le habían fallado los circuitos comerciales o los había eludido con astucia. Pero, ¿adónde me arrastraba mi imaginación? Tras el nombre sonoro de Harrison no había más que una entelequia. ¿Quién era Mr. Harrison? ¿Dónde vivía? ¿A quién le iba a conceder esa falsa exclusiva? Evidentemente no existían ni Harrison, ni la novela, ni la sombra alargada del cuerpo del cochero.

Me puse a trabajar con los teletipos que sólo transmiten tedio, coquetearías de alta política, pequeñas catástrofes que siempre pasan lejos, previsiones del tiempo que obligan a buscar el paraguas si anuncian «seco y soleado», en fin, esas inocentes mentiras que amargan el desayuno de mañana... Estaba metiéndole la tijera a un aburrido discurso de Cortes, cuando entró un orde-